

PSICOLOGIA Y GENTE

Por Rafael Castro Sánchez.

I. EL NIÑO DEBE TENER TIEMPO PARA SER NIÑO

Muchos padres de familia sostienen la tesis de que a sus hijos (pequeños y adolescentes) debe tenérseles ocupados la mayor parte del tiempo posible o aún mejor, todo el tiempo.

El motivo de este razonamiento es que de esta forma se evita que los hijos se involucren en alguna actividad malsana, como sería el caso de la drogadicción. Alegan que el ocio engendra malas acciones. Consideran que si sus hijos mantienen las mentes concentradas en alguna labor de utilidad, las probabilidades de comprometerse con algún hecho negativo, disminuirán.

Otros progenitores, introducen intencionalmente a los hijos en muchas tareas como una forma de salir de ellos, de tenerlos el menor tiempo posible en la casa, sencillamente porque los niños se les tornan insoportables.

Existen padres que inscriben a los infantes en teatro, canto, baile, no tanto para "hacerlos cultos", sino para luego exhibirlos frente a las amistades como una especie de trofeo o a manera de competir con los hijos de los amigos o simplemente por estar en la onda de la moda.

Afortunadamente estos últimos tipos de padres a los que he hecho referencia, constituyen una minoría. La mayoría de los papás actúan de buena fe y con las mejores intenciones para con sus hijos; al final de cuentas, ellos deben ser los más preocupados por el futuro de sus vástagos; sin embargo, por ignorancia, no toman en cuenta que el ser humano al crecer, va "quemando" etapas.

Durante su desarrollo el hombre pasa de la niñez a la pubertad, luego a la adolescencia, a la adultez y por último a la vejez. Cada fase de las mencionadas se caracteriza por una gama de actividades propias. Se espera que un niño elabore muchas fantasías; emplee juguetes; participe en juegos con otros niños, en fin, que sea muy activo. En cambio, un anciano, se supone que debe llevar una

vida más sosegada, con una actividad motora más reducida, acorde con el proceso biopsicológico por el que transcurre. La sociedad le impone roles a los individuos, de acuerdo con la edad cronológica por la que pasan.

Estoy seguro de que cada uno de los lectores se ha encontrado con adultos que se comportan como niños. Muchos de estos adultos-niños llegan a extremar su conducta de tal manera que quienes los rodean, les critican y hasta suponen la existencia de una patología que requiere tratamiento profesional.

Cuando se analiza la historia clínica de estos adultos-niños, en numerosas ocasiones nos encontramos frente a sujetos que saltaron etapas; es decir, cuando debieron ser niños los obligaron a actuar como adultos. Narran estos adultos-niños que se educaron en hogares muy rígidos donde predominaba el intelecto. Según ellos, sus padres querían hacerlos unos "hombrecitos". Ellos no critican a sus padres porque advirtieron buenas intenciones en los mismos, pero creen que "se les fue la mano" en este aspecto.

A esos padres que actúan con tanta rigidez con sus hijos, hay que hacerles saber, que hasta los grandes genios fueron alguna vez niños. Ramón y Cajal, médico español, ganador de un premio Nóbel de medicina por sus aportes a la histología, tuvo una infancia caracterizada por innumerables travesuras. Einstein fue reprobado en un curso del bachillerato hasta el extremo de que se le expulsó de la institución en donde estudiaba e incluso llegó a ser considerado un mal estudiante. Es decir que a su debido tiempo, los seres humanos se dedican a las actividades correspondientes a su edad. Y esto no es un invento social; es más bien la interpretación humana de los dictados de la naturaleza. Nadie puede forzar a la naturaleza. Cuando esto se hace, la naturaleza tarde o temprano nos presenta las consecuencias de este enfrentamiento; el resultado: los adultos-niños.

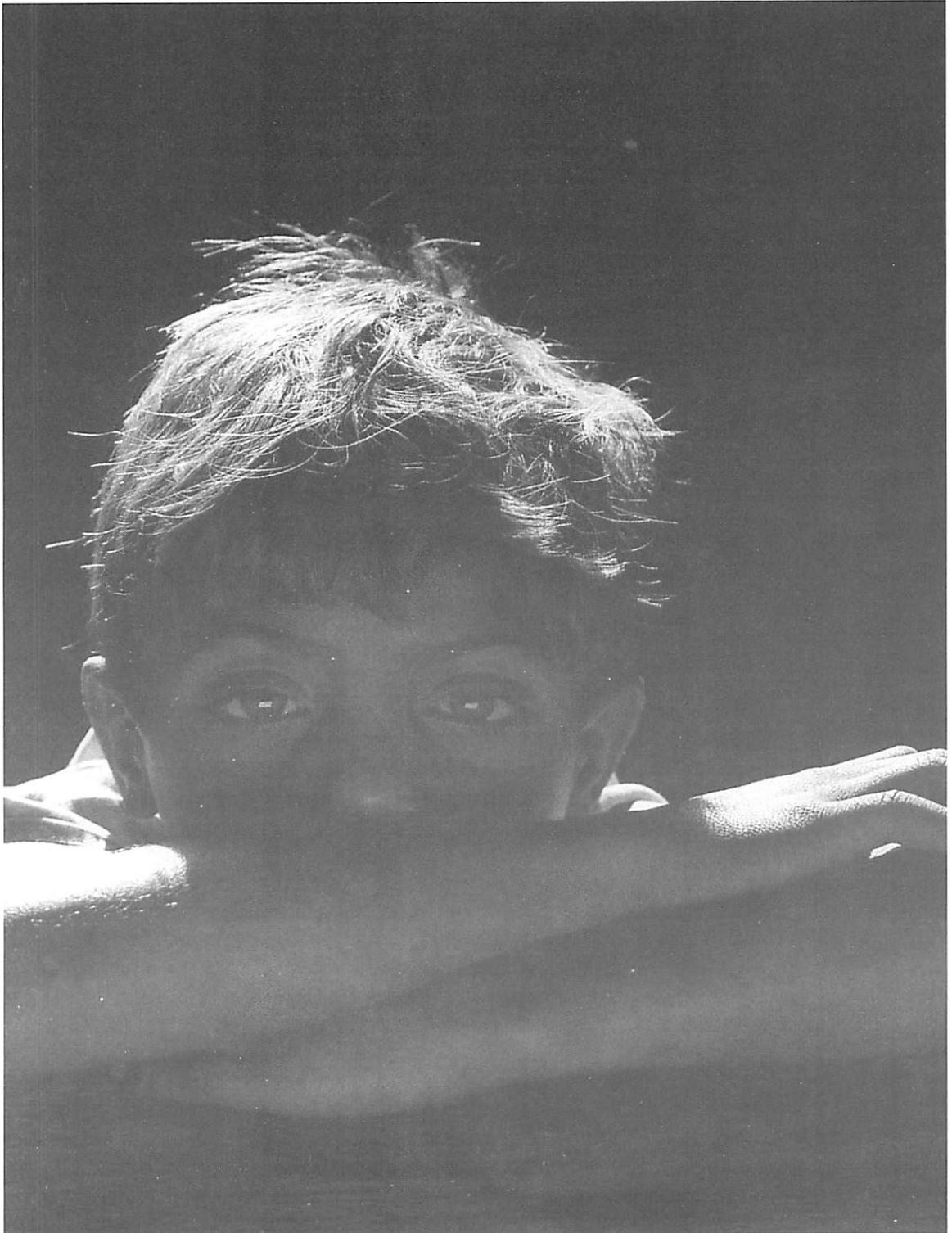
Esos adultos-niños son seres inmaduros; incapaces de enfrentar ciertas realidades. Seres infelices que generalmente transmiten su amargura a quienes le rodean.

Aconsejo a esos padres que atiborran a sus pequeños hijos de muchas actividades, que las mismas deben dosificarse y combinarse con aquellas que son propias de la edad.

Los niños deben tener tiempo hasta para "perder el tiempo". Todos lo necesitamos. Tiempo para no hacer nada. Tiempo para emplearlo en lo que el individuo desee.

Obviamente que también es criticable el caso opuesto: el de aquellos niños que nunca hacen nada; el de aquellos infantes dedicados al ocio a tiempo completo. A los padres, siempre es bueno recordarles que la virtud está en el medio.

En conclusión, si usted es un padre preocupado por el bienestar de su hijo y quiere ayudarlo a formular un horario de actividades, lo primero que debe hacer es ubicarse en el nivel cronológico del mismo; luego determine los intereses del niño (¡no los suyos!); tome en cuenta las limitaciones y potencialidades, tanto físicas como intelectuales de su hijo. El tiempo debe dividirse a partes iguales en estudio, recreación y descanso. Con todos estos elementos de juicio, podrá usted orientar a sus descendientes.



Fotografía de Domingo Batista.

Un último consejo : Si los intereses de su hijo son diferentes a los suyos no imponga los de usted. Su hijo, aunque sea pequeño, es un ser humano que merece respeto y consideración; no es un robot que usted cree debe manejar a su antojo.

II- LOS NIÑOS: ESOS GRANDES MANIPULADORES

Generalmente cuando oigo a la gente hablar de la inocencia de los niños, esbozo una sonrisa. Desde hace tiempo dejé de creer en la tan cacareada candidez y contrariamente a lo que piensa gran parte de la población, considero que los infantes se aprovechan de la imagen que proyectan y que en última instancia los ingenuos somos nosotros los adultos.

Como consecuencia de lo anterior, los niños se han convertido en grandes manipuladores o chantajistas de los mayores. Esto ha sucedido desde que observaron que los adultos reaccionan, dependiendo de como ellos se comporten. Es por eso por lo que los únicos culpables de que los párvulos actúen de la manera como lo hacen somos nosotros.

Son frecuentes las ocasiones en que he escuchado quejas de padres sobre el mal comportamiento de sus hijos. Las mismas, muchas veces se acompañan de la clásica interrogante, "¿A quién habrá salido este muchacho?". Se formulan este cuestionamiento

porque no encuentran una explicación lógica a la conducta que consideran inadecuada de parte de los niños. Estos padres pocas veces se preocupan por reflexionar sobre la etiología en la actuación de los hijos y cuando lo hacen, gran parte de las veces la atribuyen, por ignorancia, al manoseado y desacreditado expediente de la herencia.

¿Por qué los padres son culpables del comportamiento de sus hijos? O ¿Por qué los adultos somos los propiciadores de la forma de actuar de los niños? La respuesta a estas preguntas debemos buscarla en ciertos principios que rigen la conducta humana.

Cuando una persona se manifiesta de tal o cual manera, siempre su comportamiento va seguido de una consecuencia, la cual implica algún cambio en el ambiente que la rodea. Esta consecuencia puede ser positiva o negativa, definiendo estos conceptos en términos de incremento o decremento de la conducta. Dependiendo de como sea la consecuencia, en igual medida serán las posibilidades de que el comportamiento precedente vuelva o no a repetirse.

Si la consecuencia que sigue a la conducta es positiva, las probabilidades de que la misma vuelva a repetirse en el futuro aumentarán, denominándose a este tipo de consecuencia, reforzamiento. En cambio, si la consecuencia que acompaña a la respuesta es negativa, las probabilidades de que la misma vuelva a emitirse en el futuro, disminuirán.

Para comprender mejor estos conceptos, pongamos un ejemplo. Si un niño desea que su papá le compre un juguete y este último se niega a complacerlo, generalmente el infante inicia una "tanda" de lloriqueos y pataletas. Si el papá inmediatamente atiende comprándole el juguete, está suministrándole (tal vez sin saberlo), un reforzamiento a la conducta de lloros y pataleos de su hijo. Si por el contrario, mantiene su actitud de no adquirir el juguete, no importándole lo que haga su hijo, o demostrando indiferencia ante el mismo, lo más probable es que la actuación del párvulo no siga produciéndose.

En el ejemplo anterior, podemos darnos cuenta de que el tipo de reacción del padre frente al hijo, es determinante en cuanto al reforzamiento o no, del comportamiento inadecuado de su vástago. Muchas veces los progenitores conocen este mecanismo y a pesar de eso favorecen a sus hijos. ¿A qué se debe la reacción de los adultos? Simplemente a que también ellos están siendo reforzados aunque de una manera diferente.

Para entender esta aseveración, retornemos al ejemplo del padre que ha decidido comprarle el juguete al hijo, a pesar de que originalmente se oponía a esta adquisición. Recordemos que el niño comenzó a llorar y a pataletear. En esta circunstancia, lo más probable es que el papá se sienta molesto o incómodo con el escándalo, entonces, para evitar seguir oyendo el ruido que lo irrita y dizque para "salir de ese muchacho", decide complacerlo comprándole el juguete.

En este caso, el papá fue reforzado porque evitó una molestia como es la de no seguir escuchando los lloriqueos y pataletas del niño; pero también el niño ha sido reforzado en sus lloros porque obtuvo lo que anhelaba, es decir, que le compraran el juguete. En otras palabras, que el reforzamiento de una conducta se logra, obteniendo algo agradable o evitando algo desagradable.

Si meditamos seriamente sobre todo lo manifestado hasta ahora, se podrá comprender perfectamente la afirmación siguiente: La mayoría de las conductas inadecuadas de nuestros hijos las hemos engendrado y/o mantenido los padres.

Los niños desde muy pequeños advierten cómo pueden manipularnos al emitir ciertos comportamientos. Notan nuestra alergia a los lloriqueos, pataletas y otras conductas; al suceder esto, emplean las mismas como armas para manejarnos. Lo peor de esto es que los padres dejamos chantajearnos o caemos en un "laissez faire, laissez passer" (Dejar hacer, dejar pasar). Sin embargo, al asumir esta actitud irresponsable, estamos "criando cuervos..."; luego cuando nos "...saquen los ojos", no nos quejemos; no le echemos la culpa a la herencia de nuestra consorte.

En definitiva, recomiendo a todos los padres dejar de asumir posiciones cómodas; pensar más en el futuro de sus hijos (y de ellos mismos). Cuando hablo de futuro, no me refiero a una cosa lejana. Cuando reforzamos un comportamiento inadecuado de nuestros hijos, por una postura blandengue nuestra, comenzamos a sentir el peso del chantaje infantil a las pocas horas o días.

Tan pronto concluya la lectura de este artículo, comience inmediatamente a poner en práctica nuestros consejos.

Esto es : ¡Friendo y comiendo !

RAFAEL CASTRO SANCHEZ

Nació en Santiago, República Dominicana. Es Licenciado en Psicología (UASD), con una Maestría en Ciencias Políticas de la UNPHU (Magna Cum Laude). Ha publicado numerosos artículos en diferentes diarios nacionales y es autor de tres libros de ensayos : Las Implicaciones Ideológicas y Políticas de la Psicología (1982, Segunda Edición), Psicología, Mujer y Sociedad (1983) e Intuiciones Sociopsicológicas (1984). Actualmente se desempeña como docente en UNIVERSIDAD APEC.